

bello, lo justo y lo santo: el problema presentado por la Academia: *Qué influencia ejercen sobre la moralidad de los pueblos el progreso y el bienestar material*, está resuelto como los demás: entre el bienestar y la virtud hay identidad.

CAPÍTULO XIV

RESÚMEN Y CONCLUSION

Para expresar la inmensidad de los descubrimientos de Newton, se dijo que *había revelado el abismo de la ignorancia humana*.

No se trata aquí de ningún Newton, y nadie puede reivindicar en la ciencia económica un puesto igual al que la posteridad señala á este grande hombre en la ciencia del universo; pero me atrevo á decir que hay aquí más de lo que Newton adivinó. La profundidad de los cielos no iguala la profundidad de nuestra inteligencia, en cuyo seno se mueven sistemas maravillosos: se puede decir que es una nueva region desconocida que existe fuera del espacio y del tiempo, como los reinos celestes y los lugares infernales, y en la cual nuestros ojos penetran, con una admiracion muda, como en un abismo sin fondo.

Non secus ac si qua penitus vi terra dehiscens
Infernas reseret sedes et regna recludat
Pallida, Dis invisae, superque immane barathrum
Cernatur, trepidentque immisso lumine Manes.

VIRGILIO. *Aeneida*, lib. VIII.

Allí se comprimen, se chocan y se equilibran fuerzas eternas; allí se descubren los misterios de la Providencia y los secretos de la fatalidad: es lo invisible que se hace visible, lo impalpable que se hace

material, la idea que se convierte en realidad, y en realidad mil veces más maravillosa y más grandiosa que las más fantásticas utopias. Hasta ahora, no vemos en su simple fórmula la unidad de esta vasta máquina; la síntesis de estos gigantescos engranajes en donde se muelen el bienestar y la miseria de las generaciones y forma una nueva generacion, se nos escapa todavía; pero ya sabemos que nada de lo que pasa en la economía social, tiene ejemplar en la naturaleza; hechos que no tienen análogos, nos obligan á inventar constantemente nombres especiales, y á crear un nuevo idioma; es un mundo transcendente cuyos principios son superiores á la geometría y al álgebra, cuyas potencias no dependen de la atraccion ni de ninguna fuerza física, pero que se sirve de la geometría y del álgebra como de instrumentos subalternos, y toma por materiales las potencias mismas de la naturaleza; es un mundo, en fin, emancipado de las categorías de tiempo, espacio, generacion, vida y muerte, en donde todo parece eterno y fenomenal, simultáneo y sucesivo, limitado é ilimitado, ponderable é imponderable á la vez. ¿Qué más diré? Es la creacion misma, sorprendida en el acto.

Y ese mundo que se nos presenta como una fábula, que destruye todos nuestros hábitos judiciales y no cesa de desmentir á nuestra razon; ese mundo que nos envuelve, nos penetra y nos agita sin que podamos verlo, á no ser con los ojos del espíritu, tocarlo, á no ser por signos, ese mundo extraño es la sociedad; ¡somos nosotros!

¿Quién ha visto el monopolio y la competencia, sino por sus efectos, es decir, por sus signos? ¿Quién ha tocado el crédito y la propiedad? ¿Qué es la fuerza colectiva, la division del trabajo y el valor? Y sin embargo, ¿hay algo más fuerte, más cierto, más

inteligible y más real que todo eso? Ved á lo léjos ese carro arrastrado por ocho caballos y conducido por un hombre vestido con la blusa antigua; no es más que una masa de materia movida sobre cuatro ruedas por una fuerza animal. Vosotros no descubristis en ella más que un fenómeno de mecánica determinado por otro de fisiología, más allá del cual ya no percibís nada. Penetrad un poco más, y preguntad á ese hombre qué es lo que hace, lo que quiere, á dónde va, en virtud de qué pensamiento y con qué título hace mover ese carro: en el acto os enseñará una *carta*, que es su autoridad, su providencia, como él es la providencia de su equipaje; en esta carta vereis que es *carruajero*; que en calidad de tal, verifica el *transporte* de cierta cantidad de *mercancias*, á tanto, segun el *peso* y la *distancia*; que debe verificar el trayecto por tal *camino* y en tal *plazo*, sopena de *retenerle* una parte del *precio* de su *servicio*; que éste implica, por parte del carruajero, *responsabilidad* de las *pérdidas* y *averías* que no provengan de *fuerza mayor* y del *vicio propio* de los objetos; que en el precio del transporte está ó no comprendido el *seguro* contra los accidentes imprevistos, y otros mil detalles que son el escollo del derecho y el tormento de los jurisconsultos. Este hombre, digo, en un papel tan grande como la mano, os revelará un orden infinito, mezcla inconcebible de empirismo y de razon pura, y que todo el génio del hombre, ayudado por la experiencia del universo, no habria podido descubrir si no hubiese salido de la existencia individual para entrar en la vida colectiva.

Y en efecto: ¿en dónde están los tipos de estas ideas de trabajo, valor, cambio, circulacion, consumo, responsabilidad, propiedad, solidaridad, asociacion, etc.? ¿Quién proporcionó los ejemplares?

¿Qué mundo es este, medio material y medio inteligible, medio necesidad y medio ficcion? ¿Qué es esta fuerza que llamamos trabajo y que nos arrastra tanto más seguramente, cuanto más libres nos creemos? ¿Qué es esta vida colectiva que nos abrasa con una llama inextinguible, causa de nuestras alegrías y de nuestros tormentos? Mientras vivimos, somos, sin conocerlo, segun la medida de nuestras facultades y la especialidad de nuestra industria, resortes pensantes, ruedas pensantes, piñones pensantes, pesos pensantes etc., de una inmensa máquina que piensa tambien y que marcha por sí misma. La ciencia, hemos dicho, tiene por principio la armonía de la razon y de la experiencia; pero no crea la una ni la otra; y hé aquí que se nos presenta una ciencia en la cual, ni la razon ni la experiencia nos dan nada *à priori*; una ciencia en la cual la humanidad lo saca todo de sí misma, númenos y fenómenos, universales y categorías, hechos é ideas; una ciencia, en fin, que en vez de consistir simplemente, como todas las demás, en una descripcion razonada de la realidad, es la creacion misma de la realidad y de la razon!

Vemos, pues, que el autor de la razon económica, es el hombre; el creador de la materia económica, es el hombre, y que el arquitecto del sistema económico, es todavía el hombre. Despues de haber producido la razon y la experiencia social, la humanidad procede á la construccion de la ciencia social, del mismo modo que á la construccion de las ciencias naturales; armoniza la razon y la experiencia que ella misma se dió, y por medio del más inconcebible de los prodigios, cuando todo en ella participa de la utopia, así los principios como los actos, sólo llega á conocerse excluyendo la utopia.

El socialismo tiene razon para protestar contra la

economía política y para decirle: Tú no eres más que una rutina, y ni á tí misma te entiendes. Y la economía política tiene razon para decir al socialismo: Tú no eres más que una utopia sin realidad ni aplicacion posible. Pero como el socialismo niega la experiencia, y la economía política niega la razon de la humanidad, los dos faltan á las condiciones esenciales de la verdad humana.

La ciencia social es la armonía de la razon y de la práctica sociales. Pues bien: esta ciencia, de la cual nuestros maestros sólo percibieron algunos raros destellos, la contemplará nuestro siglo en su esplendor y en su armonía sublimes...

Pero... ¿qué estoy haciendo? En estos momentos en que el charlatanismo y la preocupacion se dividen el mundo, no es necesario alimentar nuestras esperanzas! No es la incredulidad lo que debemos combatir, no; es la presuncion. Empecemos, pues, por consignar que la ciencia social no está hecha, y que permanece todavía en estado de vago presentimiento.

«Malthus, dice su excelente biógrafo, el Sr. Carlos Comte, tenia la conviccion profunda de que existen en economía política principios que no son verdaderos, sino dentro de ciertos límites; veía las principales dificultades de la ciencia en la combinacion frecuente de causas complicadas, en la accion y reaccion de los efectos y de las causas unos sobre otros, y en la necesidad de poner límites ó hacer excepciones á un gran número de proposiciones importantes.»

Hé ahí lo que pensaba Malthus de la economía política; y la obra que nosotros publicamos hoy, no es más que la demostracion de su idea. Pero á este testimonio importante, añadimos otro, no ménos digno de fé. En una de las últimas sesiones de la

Academia de ciencias morales, el Sr. Dunoyer, como hombre verdaderamente superior que no se deja seducir por el interés de bandería ni por el desdén que inspiran los adversarios ignorantes, hacia la misma confesion con tanto candor y elevacion como Malthus.

«La economía política, que tiene cierto número de principios seguros, que descansa en una masa considerable de hechos exactos y de observaciones bien hechas, parece, sin embargo, que está léjos todavía de ser una ciencia fija. No hay un acuerdo completo, ni sobre la extension del campo en donde deben girar sus investigaciones, ni sobre el objeto fundamental que deben proponerse: no se conviene, ni sobre el conjunto de los trabajos que abraza, ni sobre el de los medios á que está ligada la potencia de estos trabajos, ni sobre el sentido preciso que es necesario dar á la mayor parte de las palabras que forman su vocabulario. La ciencia, rica en verdades de detalle, deja muchísimo que desear en cuanto á su conjunto; y como ciencia, parece que está muy léjos todavía de hallarse constituida.»

El Sr. Rossi va más léjos que el Sr. Dunoyer, y formula su juicio bajo la forma de una censura dirigida á los representantes modernos de la ciencia.

«Parece que todo pensamiento de método está hoy abandonado en la ciencia económica, exclama; y sin embargo, no hay ciencia sin método.» (*Informe del Sr. Rossi sobre el curso del Sr. Whateley.*)

Los Sres. Blanqui, Wolowski, Chevalier y todos los que han dirigido una mirada á la economía de las sociedades, dicen lo mismo; y el escritor que mejor apreció el valor de las utopias modernas, Pedro Leroux, escribe en todas las páginas de la *Revista social*: «Busquemos la solucion del problema del proletariado; busquémosla sin cesar hasta que la hayamos

encontrado. Esta es toda la mision de nuestra época.» Ahora bien: el problema del proletariado es la constitucion de la ciencia social; y sólo los economistas cortos de vista y los socialistas fanáticos, para quienes la ciencia se resume en una fórmula, *Dejad hacer, dejad pasar*; ó bien, *A cada uno segun sus necesidades, teniendo en cuenta los recursos de la sociedad*, pueden preciarse de poseer la ciencia económica.

¿En qué consiste, pues, este retraso de la verdad social que sostiene la decepcion economista y dá crédito á las explotaciones de los pretendidos reformadores? En nuestro concepto, la causa está en la separacion, muy antigua por cierto, de la filosofía y de la economía política.

La filosofía, ó la metafísica, ó si se quiere, la lógica, es el álgebra de la sociedad, y la economía política es la realizacion de esta álgebra. Esto es lo que no comprendieron J. B. Say, ni Bentham, ni ninguno de los que, bajo el nombre de *economistas* y *utilitarios*, hicieron excision en la moral, y se sublevaron casi al mismo tiempo contra la política y la filosofía. Y sin embargo... ¿qué contrapeso más seguro podia desear la filosofía, que es la teoría de la razon, que el trabajo; es decir, la práctica de la razon? Y recíprocamente, ¿qué contrapeso más seguro podia desear la economía, que las fórmulas de la filosofía? No está léjos el tiempo en que los maestros de las ciencias morales y políticas estén en los talleres y en los escritorios, como hoy, nuestros más hábiles constructores, son todos hombres que se formaron por un largo y penoso aprendizaje...

Pero... ¿bajo qué condiciones puede existir una ciencia?

Reconociendo su campo de observacion y sus límites, determinando su objeto y organizando su mé-

todo. Sobre este punto, el economista se expresa como el filósofo: las palabras del Sr. Dunoyer que he citado, parecen literalmente extraidas del prefacio de Jouffroy á la traduccion de Reid.

El *campo de observacion* de la filosofía, es el yo; el campo de observacion de la ciencia económica, es la sociedad, es decir, el yo todavía. ¿Quereis conocer al hombre? pues estudiad la sociedad: ¿quereis conocer la sociedad? pues estudiad al hombre. El hombre y la sociedad se sirven recíprocamente de sujeto y de objeto; el paralelismo y la sinonimia de ambas ciencias es completa.

Pero... ¿qué es este yo colectivo é individual? ¿Cuál es ese campo de observacion en donde pasan fenómenos tan extraños? Para descubrirlo, es necesario examinar sus análogos.

Todas las cosas que pensamos, nos parece que existen, se suceden ó se agrupan en tres CAPACIDADES trascendentales, fuera de las cuales no imaginamos ni concebimos absolutamente nada: éstas son, el *espacio*, el *tiempo* y la *inteligencia*.

Así como todo objeto material se concibe necesariamente en el espacio; así como los fenómenos, ligados los unos á los otros por una relacion de causalidad, parece que se siguen en el tiempo, así tambien referimos nuestras representaciones puramente abstractas á un receptáculo particular que llamamos intelecto ó inteligencia.

La inteligencia es, en su especie, una capacidad infinita como el espacio y la eternidad. En ella se agitan mundos, innumerables organismos de leyes complicadas y efectos variados é imprevistos, iguales, por la magnificencia y la armonía, á los mundos que el Creador sembró en el espacio, y á los organismos que brillan y se extinguen en la duracion. Política y economía política, jurisprudencia, filoso-

fía, teología, poesía, idiomas, costumbres, literatura y bellas artes: el campo de observacion del yo, es más vasto, más fecundo, más rico por sí sólo, que el doble campo de observacion de la naturaleza; el espacio y el tiempo.

El yo, pues, como el tiempo y el espacio, es infinito. El hombre y sus productos, con los seres arrojados en el espacio y los fenómenos que se suceden en el tiempo, constituyen la triple manifestacion de Dios. Estos tres infinitos, expresiones infinitas del infinito, se penetran y se sostienen inseparables é irreductibles: el espacio ó la extension no se concibe sin el movimiento, el cual implica la idea de fuerza, es decir, una espontaneidad, un yo.

Las ideas de las cosas que se presentan á nuestra vista en el espacio, forman *cuadros* para nuestra imaginacion; las ideas cuyos objetos colocamos en el tiempo, se desenvuelven en *historias*; y por último, las ideas ó relaciones que no caen bajo la categoría del tiempo ni del espacio, y que pertenecen al intelecto, se coordinan en *sistemas*.

Cuadro, historia, sistema, son, pues, tres expresiones análogas, ó mejor dicho, homólogas, por las cuales hacemos comprender que cierto número de ideas se presenta á nuestro espíritu como un todo simétrico y perfecto. Por esta razon, esas expresiones pueden tomarse las unas por las otras en ciertos casos, como nosotros mismos lo hemos hecho al principio de esta obra, al presentarla como una historia de la economía política, no siguiendo la fecha de los descubrimientos, sino con arreglo al orden de las teorías.

Nosotros concebimos, pues, y no podemos ménos de concebir una capacidad para las cosas del pensamiento puro, ó como dice Kant, para los *númenos*,

del mismo modo que concebimos otras dos para las cosas sensibles ó para los *fenómenos*.

Pero el espacio y el tiempo no son nada real; son dos formas impresas al yo por la percepcion exterior: de igual modo la inteligencia tampoco es nada real; es una forma que el yo se impone á sí mismo, por analogía, con motivo de las ideas que la experiencia le sugiere.

En cuanto al orden de adquisicion de las ideas, intuiciones ó imágenes, nos parece que empezamos por aquellas cuyos tipos ó realidades están comprendidos en el espacio; que continuamos luego deteniéndolo al vuelo, si así puedo decirlo, las ideas que el tiempo lleva; y que por último, de repente, y con el auxilio de las percepciones sensibles, descubrimos las ideas ó conceptos sin modelo exterior que se nos presentan en ese fantasma de capacidad que llamamos nuestra inteligencia. Tal es el progreso de nuestro saber: partimos de lo sensible para elevarnos á lo abstrato; la escala de nuestra razon tiene el pié sobre la tierra, atraviesa el cielo y se pierde en las profundidades del espíritu.

Cambiamos ahora esta série y figurémonos la creacion como un descenso de las ideas de la esfera superior de la inteligencia, á las esferas inferiores del tiempo y del espacio; descenso durante el cual las ideas, originariamente puras, tomaron un cuerpo ó *substratum* que las realiza y las expresa. Bajo este punto de vista, todas las cosas creadas, los fenómenos de la naturaleza y las manifestaciones de la humanidad, se nos presentarán como una proyeccion del espíritu, inmaterial é inmutable, en un plan, ya fijo y recto como el espacio, ya inclinado y móvil como el tiempo.

Se sigue de aquí que las ideas, iguales entre sí, contemporáneas y coordinadas en el espíritu, pare-

cen arrojadas, esparcidas, localizadas, subordinadas y consecutivas en la humanidad y en la naturaleza, formando cuadros é historias sin parecido con el designio primitivo; y toda la ciencia humana consiste en encontrar en esta confusion, el sistema abstracto del pensamiento eterno. Por una restauracion de este género, los naturalistas descubrieron el sistema de los séres organizados; y por el mismo procedimiento, hemos procurado nosotros restablecer la série de las fases de la economía que la sociedad nos presenta aisladas, incoherentes y anárquicas. El objeto que nos hemos propuesto, es verdaderamente hacer la historia natural del trabajo, segun los fragmentos recogidos por los economistas; y el sistema que resultó de nuestro análisis, es tan verdadero como los sistemas de las plantas descubiertos por Linneo y Jussieu, y el de los animales por Cuvier.

El yo humano manifestado por el trabajo: tal es el campo de exploracion de la economía política, forma concreta de la filosofía. La identidad de estas dos ciencias, ó por mejor decir, de estos dos escepticismos, se nos reveló en todo el curso de este libro. Así la formacion de las ideas se nos presentó en la division del trabajo como una division de las categorías elementales; despues hemos visto nacer la libertad de la accion del hombre sobre la naturaleza, y en seguida de la libertad producirse todas las relaciones del hombre con la sociedad y consigo mismo. Por último, la ciencia económica fué para nosotros una ontología, una lógica, una psicología, una teología, una política, una estética, un simbolismo y una moral...

Reconocido el campo de la ciencia y verificada su determinacion, sólo nos falta reconocer el *método*. Pues bien, el método de la ciencia económica es el mismo de la filosofía: la organizacion del trabajo,

en nuestro concepto, no es más que la organizacion del sentido comun.

Entre las leyes que constituyen esta organizacion, hemos notado la antinomia.

Todo pensamiento verdadero, hemos dicho, se pone en un tiempo y dos momentos. Siendo cada uno de estos momentos la negacion del otro, y debiendo desaparecer los dos en una idea superior, se sigue de aquí que la antinomia es la ley misma de la vida y del progreso, el principio del movimiento perpétuo. Y en efecto: si en virtud de su potencia evolutiva, una cosa se separa precisamente de todo cuanto pierde, es evidente que esta cosa es indestructible y el movimiento que la sostiene, eterno. En la economía social, lo que la competencia hace constantemente, lo deshace el monopolio; lo que el trabajo produce, el consumo lo devora; lo que la propiedad se atribuye, la sociedad se apodera de ello, y de ahí resulta el movimiento contínuo, la vida indefectible de la humanidad. Si una de las dos fuerzas antagonistas está embarazada, si la actividad individual, por ejemplo, sucumbe bajo la autoridad social, el organismo degenera en comunismo y se resuelve en la nada. Si, por el contrario, la iniciativa individual carece de contrapeso, el organismo colectivo se corrompe y la civilizacion se arrastra bajo un régimen de castas, de iniquidad y de miseria.

La antinomia es el principio de la atraccion y del movimiento; la razon del equilibrio: ella es la que produce la pasion y la que descompone toda armonía y todo acuerdo.

Viene despues la ley de progresion y de série, la melodía de los séres, ley de lo bello y de lo sublime. Suprimid la antinomia, y el progreso de los séres es inexplicable; porque... ¿en dónde está la fuerza que lo engendra? Suprimid la série, y el mundo no es

más que una mezcla de oposiciones estériles, una ebullicion universal, sin objeto y sin idea...

Aun cuando estas especulaciones, verdades puras para nosotros, pareciesen dudosas á los demás, la aplicacion que de ellas hemos hecho seria de una utilidad inmensa. Dignese el lector reflexionar un momento: no hay un solo instante de la vida en el cual el hombre no afirme y niegue á la vez los mismos principios y las mismas teorías, con más ó ménos buena fé, sin duda, pero siempre con razones plausibles que, sin tranquilizar por completo la conciencia, bastan para que la pasion triunfe y la duda se apodere del espíritu. Dejemos, pues, la lógica, si se quiere; pero... ¿no importa nada el haber arrojado luz sobre la doble faz de las cosas, haber aprendido á desconfiar del razonamiento, y saber por qué cuanto mayor es la exactitud de las ideas y la rectitud del corazon de un hombre, tanto mayor es el riesgo que corre de caer en el absurdo? Todos nuestros errores políticos, religiosos, económicos, etc., vienen de la contradiccion inherente á las cosas, y tal es todavía la fuente de donde emana la corrupcion de los principios, la venalidad de las conciencias, el charlatanismo de las profesiones de fé y la hipocresía de las opiniones...

¿Cual es ahora el *objeto* de la ciencia económica?

El método mismo nos lo indica. La antinomia es el principio de la atraccion y del equilibrio en la naturaleza; la antinomia es, pues, el principio del progreso y del equilibrio en la humanidad, y el objeto de la ciencia económica es la JUSTICIA.

Considerada en sus relaciones puramente objetivas, únicas de que se ocupa la economía social, la justicia tiene por expresion el *valor*. Y ¿qué es el valor? El trabajo realizado.

« El precio real de cada cosa, dice A. Smith, lo que

cada cosa cuesta realmente al que quiere adquirirla, es el trabajo y la pena que es necesario imponerse para obtenerla... Lo que se compra con dinero ó mercancías se compra con trabajo, lo mismo que lo que adquirimos con el sudor de nuestra frente. Este dinero y estas mercancías contienen el valor de cierta cantidad de trabajo, que cambiamos por lo que se supone que contiene el valor de una cantidad igual de trabajo. Este fué el primer precio, la moneda con que se pagaron en un principio todas las cosas. No fué con oro ni con plata, sino con el trabajo, con lo que se compraron originariamente todas las riquezas del mundo; y su valor, para los que las poseen y procuran cambiarlas por otras producciones, es precisamente, igual á la cantidad de trabajo que puede comprar con ellos.»

Pero si el valor es la realizacion del trabajo, es al mismo tiempo el principio de comparacion de los productos entre sí: de aquí la teoría de proporcionalidad que domina toda la ciencia económica, y á la cual se habria elevado A. Smith si hubiese estado en el espíritu de su tiempo seguir con el auxilio de la lógica un sistema de experiencias.

Pero... ¿cómo se manifiesta la justicia en la sociedad; ó en otros términos, ¿cómo se establece la proporcionalidad de los valores? J. B. Say lo dijo: por un movimiento oscilatorio entre el valor *útil* y el valor en *cambio*.

Aquí aparece en la economía política, frente á frente del trabajo, su señor, y con frecuencia su verdugo, el principio *arbitral*.

Al empezar la ciencia; el trabajo, desprovisto de método, sin inteligencia del valor, y tartamudeando apenas sus primeros ensayos, hace un llamamiento al libre arbitrio para constituir la riqueza y fijar el precio de las cosas. Desde este momento, las dos po-

tencias entran en lucha y la grande obra de la organizacion social queda inaugurada. Trabajo y libre arbitrio, son lo que llamaremos más tarde trabajo y capital, salariado y privilegio, competencia y monopolio, comunidad y propiedad, plebe y nobleza, Estado y ciudadano, asociacion é individualismo. Para todo el que haya recibido las primeras nociones de la lógica, es evidente que todas estas oposiciones, que renacen eternamente, eternamente se deben resolver: pues bien; hé ahí precisamente lo que no quieren comprender los economistas, á quienes el principio arbitral inherente al valor, les parece refractario á toda determinacion; y esto, con el horror que tienen á la filosofía, es lo que causa el retraso de la ciencia económica, tan funesto para la sociedad.

«Seria tan absurdo, dice Mac-Culloch, hablar de una altura y de una profundidad absoluta, como de un valor absoluto.»

Todos los economistas dicen lo mismo; y por este ejemplo, puede juzgarse hasta qué punto están léjos de entenderse, lo mismo sobre la naturaleza del valor, como sobre el sentido de las palabras que emplean. La palabra *absoluto* implica la idea de integralidad, perfeccion ó plenitud, y por lo tanto, la de precision y exactitud. Una mayoría absoluta es una mayoría exacta (mitad más uno), no una mayoría indefinida: así también el valor absoluto es el valor preciso, deducido de la comparacion exacta de los productos entre sí: no hay nada en el mundo tan sencillo como esto. Pero de aquí resulta esta consecuencia; que los valores se miden los unos por los otros, y que no deben oscilar al acaso: tal es el deseo supremo de la sociedad, tal es la significacion de la economía política misma, que no es más, en su conjunto, que el cuadro de las contradicciones,

cuya síntesis produce infaliblemente, el valor verdadero.

La sociedad, pues, se establece poco á poco por una especie de balanceo entre la necesidad y la arbitrariedad, y la justicia se constituye por el robo. La igualdad no se produce en la sociedad como un nivel inflexible; esto es, como todas las grandes leyes de la naturaleza, un punto abstracto, entre cuyos extremos el hecho oscila constantemente, describiendo arcos más ó menos grandes y más ó menos regulares. La igualdad es la ley suprema de la sociedad; pero no es una forma fija, sino el término medio de una infinidad de ecuaciones. Así hemos visto que la igualdad se nos presentó desde la primera época de la evolucion económica, que es la division del trabajo, y tal se manifestó constantemente despues la legislacion de la Providencia.

Adam Smith, que sobre casi todos los grandes problemas de la economía social tuvo una especie de intuicion, despues de reconocer el trabajo como principio del valor y describir los efectos mágicos de la ley de division, observa que, á pesar del aumento de producto que resulta de esta misma division, el salario del trabajador no aumenta; que con frecuencia disminuye, porque el beneficio de la fuerza colectiva no pasa al trabajador, sino al amo.

«Los beneficios, se dirá tal vez, no son más que un nombre diferente que se dá á los salarios de una especie particular de trabajo, el de la inspeccion y direccion... Pero estos beneficios son de naturaleza diferente del salario, se rigen por principios distintos, y no están en relacion con la cantidad y la naturaleza de este pretendido trabajo de inspeccion y direccion. Léjos de eso, se rigen completamente por el valor del capital empleado, y son mayores ó menores, á proporcion de la extension de este capital...